

#AlimentarLaVida

Constancia 17. Los silencios de la "verdad".

Todo gobierno narra el país sobre el que pretende gobernar. Pero en una democracia, esta narración que se expone como verdad pública no se puede construir suprimiendo las diferencias para producir un único relato.

La pluralidad en una democracia se construye escuchando voces, contrastando relatos y examinando pruebas. Y no todas las versiones son ciertas ni las responsabilidades son iguales, pero ningún gobierno puede escoger los hechos que le convienen, silenciar lo que incomoda y presentar esta trama como la verdad completa a la nación.

Hoy se divulga un relato de restauración nacional en el que se persigue la derrota de los enemigos de la patria. Aquí la inseguridad se explica por el crecimiento de los grupos armados y el debilitamiento de la capacidad militar, y dentro de este relato, se ubican en un segundo plano las vidas concretas de quienes son asesinados mientras intentan construir organización, participación y paz.

James Flor, excandidato a la Alcaldía de Cajibío por el Pacto Histórico, y María Ovidia fueron asesinados en su hogar. Eran líderes campesinos vinculados a los Territorios de Paz de La Pedregosa, la Mesa Municipal de Víctimas y los procesos PDET.

Sus asesinatos no son un hecho aislado, mientras presenciamos drones explosivos que hirieron a tres policías en Pailitas; un carro bomba que provocó el fallecimiento de un civil y dejó once heridos en Los Patios; cuatro menores víctimas de reclutamiento que murieron en los primeros bombardeos del Gobierno; y el cierre de la Mesa de Diálogos de Paz en Nariño que deja en vilo los acuerdos y avances alcanzados con la CNEB.

La producción de una verdad oficial no ocurre solamente mediante afirmaciones falsas. También opera mediante silencios: decidiendo qué hechos adquieren importancia nacional, qué víctimas reciben reconocimiento y qué violencias son tratadas como episodios periféricos. Así se construye un relato en el que la paz se convierte en sospecha y la guerra en sentido común.

Sus asesinatos cuestionan la narrativa gubernamental porque evidencian que la inseguridad no se reduce únicamente a la presencia de actores armados. También se expresa en la incapacidad estatal para proteger a quienes ejercen participación política, representan a las víctimas y disputan democráticamente el futuro de sus territorios.

La democracia, como plantea Hannah Arendt, requiere un mundo común: una realidad que todos podamos mirar, incluso cuando incomoda al poder. No es posible hablar de restauración mientras se ocultan los territorios en duelo, ni proclamar autoridad mientras las comunidades pierden a quienes sostienen sus procesos colectivos.


7.1.18.2018